

LOS DINEROS DE DOMINGO

por
Alberto
Micheo

Domingo Alberto Rangel acaba de publicar el tercer tomo de la serie "Capital y Desarrollo". Lo dedica al dinero venezolano; más concretamente, a sus pocos dueños, a la "oligarquía del dinero". La lectura, en prosa fácil y abundante — como lo es el dinero venezolano —, descubre ante todo a Domingo Alberto, en segundo lugar a las oligarquías, y ambos envueltos en una vertiginosa danza-vorágine de inconsciente despilfarro dominguero.

No hay duda que el autor está obsesionado por la idea central del libro: "El capitalismo lleva a la concentración del capital y el caso venezolano no constituye ninguna excepción." Nos proporciona, para demostrarlo, un recorrido exhaustivo de nuestra historia económica tanto en el aspecto extensivo como intensivo. Partiendo del general Gómez —aplacador de caudillos anárquicos e inconsciente propiciador de la danza capitalista— hasta las últimas actuaciones de Vollmer y Mendoza. La trama tentacular del sistema abarca sistemáticamente desde las decisiones macro-económicas internacionales hasta la compra del saquito de harina de la última arepera venezolana.

Análisis exhaustivo, sin duda, demuestra tesón de un hombre, su capacidad investigadora, su preocupación nacionalista y convencimiento de la ideología socialista.

DESCRIPCION DEL PROCESO ECONOMICO

El binomio Gómez-Petróleo constituye el nacimiento del árbol que va a cubrir el suelo venezolano. Gómez prepara el terreno, eliminando todo brote anárquico y allanando el terreno con la consecución de la integración nacional. El petróleo trae los capitales que siembran la tierra venezolana. Todo se orienta a fortalecer su crecimiento: el Estado, las oligarquías, el ejército y la Iglesia. La vieja sociedad rural muere o comienza su camino de calvario hacia la ciudad; los capitales extranjeros invaden el terreno.

El predominio urbano, basado en la industrialización petrolera, domina implacablemente a la sociedad tradicionalmente rural. Los primeros capitales venezolanos provienen de la venta de terrenos, antes rurales, convertidos de la noche a la mañana en urbanos. La especulación de estas tierras produce pingües ganancias. Con este capital comienza la lucha por la producción y la importación extranjera. El Estado protege a los fuertes. Los débiles y los tradicionales artesanos desaparecen o quedan supeditados a ser servidores de los grandes...

En poco tiempo el nuevo modo de producción capitalista urbano se impone y controla tanto los insumos como el mercado. De nada sirve en el campo un intento de reforma agraria que no pasa de una repartición de tierras sin cambiar el modo de producción.

A nivel monetario, desaparece el pres-

tamista usurero. El ritmo de exportación petrolera trae capitales frescos y con ellos, a pesar de una industria enclenque y un agro rudimentario, se forma la banca privada comercial. Esta banca orienta sus créditos a los más fuertes, por ser más seguros, o los propicia ella misma comprando acciones. A su vez los productores consiguen sus propios centros de financiamiento. Comienzan las interrelaciones como la araña teje su tela.

¿Dónde están nuestras grandes familias mantuanas, terratenientes y comerciantes con el fruto de la tierra? Van desapareciendo del primer plano nacional y surge ese monstruo implacable que se llama la Sociedad Anónima. Sin embargo, apunta D.A.R., este anonimato societario, en apariencia socializador de fortunas, no es más que un camuflaje. Detrás de cada Sociedad Anónima hay un apellido, una familia que controla toda la operación conjunta. El capital venezolano es manejado, de hecho, por doce apellidos. La concentración del capital, en implacable competencia, ha pasado a manos de estos doce. Su poder y resistencia es tan grande que ya han optado por una competencia relativa. Cada uno ha entrado en campo ajeno con alguna participación. Han establecido su "modus vivendi" compitiendo en aquello que puede ayudar a las ganancias mutuas y abrazándose en comunidad ante todo peligro común...

Tampoco esto es algo original de Venezuela. Es la ley del capitalismo. Procesos paralelos se han seguido en Francia, Inglaterra, Alemania y USA. Pero hay una diferencia fundamental. Los viejos países capitalistas hicieron algo propio, con medios propios, y lograron un poder autónomo nacional. Los venezolanos no lo hicieron con fuentes propias, sino en gran parte con préstamos extranjeros que afianzaron su dominio y control. Consecuentemente, cuanto más ha crecido el capital venezolano, tanto mayor es su dependencia de ellos... Y hemos llegado a un capitalismo auténtico, pero dependiente, donde las grandes decisiones de nuestra economía se toman a miles de kilómetros de distancia y donde somos los primeros en sufrir los sacrificios que suponen las crisis ajenas.

A pesar de que el sistema parece opuesto a toda planificación que impide la espontaneidad de la competencia, sin embargo, de hecho, los 12 grandes consiguen una planificación invisible a base del control de la demanda. Estudios minuciosos del mercado les proporciona el cálculo del punto óptimo de ganancia entre el mínimo para subsistir y el máximo teóricamente posible. Los doce grandes respetan ese punto. No admiten competencia de precios... Precio igual para producto igual. Así no se eliminan mutuamente. La competencia existe, pero en otros renglones: la técnica, la red de distribución, la publicidad, etc. Ni siquiera interesa ya la eliminación de los débiles. Cumplen su función. Ellos sir-

ven para poner el nivel de precios de los productos y hasta son protegidos por el Estado.

Hay un factor difícil de controlar establemente y que puede desequilibrar todos los cálculos: el obrero, que es capaz de protestar con huelgas a través de los sindicatos. Sin embargo, el capitalismo ha conseguido un sistema legal de estabilización: los contratos colectivos a largo plazo. Una vez realizada la contratación, acomodan los precios y pueden actuar seguros por varios años. Los líderes sindicales son aceptados a las discusiones de alto nivel, salen del mundo del trabajador directo, se burocratizan y actúan ya con permiso y conocimiento del contratador. Los intereses políticos, por su lado, han acabado de prostituir las organizaciones sindicales.

El éxito del capitalismo moderno depende de la extensión y control del mercado. Aquí radica la clave para superar el peligro del estancamiento. De ahí su habilidad para inducir necesidades continuamente. Dos instrumentos les han proporcionado grandes éxitos en este respecto: la propaganda publicitaria y los créditos para las ventas a plazos. Con estos métodos han hecho llegar el ansia y la capacidad de consumir hasta el mundo de los marginados. Naturalmente, esto supone una inversión cuantiosa, pero su recuperación es segura porque se distribuye en los precios de los productos.

Toda esta complicada operación de cálculo supone la necesidad de especialistas profesionales y un intervencionismo proteccionista del Estado. Por eso todo el proceso está manejado por lo que se ha llamado una tecno-estructura y el Estado los protege a través de un cuantioso gasto público orientado al beneficio de los doce grandes. De esta forma, según expresión plástica de D.A.R., el Estado resulta en el capitalismo moderno "el ombligo esencial de todas las economías capitalistas".

ANÁLISIS DE LA DESCRIPCIÓN

Sin duda que esta síntesis no expresa todo el contenido cualitativo de la descripción. En su empeño por pintar, pincelada tras pincelada, el fondo y los detalles más mínimos del cuadro del capitalismo, D.A.R. se pinta él mismo y su mundo interior. Se sale de lo estrictamente económico para abarcar la vida entera del venezolano. Sus descripciones remedan la pródiga abundancia tropical. Pinta a los gobiernos, a los políticos, a los oligarcas, a los obreros, a las sirvientas, a las areperas... Y hace incursiones al exterior, lejos de la patria, para confirmar la tesis. Nos recuerda a nuestros economistas clásicos, a un Adam Smith, que explica desde las formas de actuar de los sirvientes de las grandes familias hasta la estructura económica de los birmanos, basado en las descripciones aventureras de Marco Polo.

"Las Oligarquías del dinero" es una obra que por encima de una teoría eco-

nómica, en sentido estricto, describe en detalle la vida de toda una sociedad que actúa, más o menos inconsciente, manipulada por un plan sutil que nos recuerda la "mano natural invisible" de Adam Smith, pero no ya natural y tendiente al equilibrio, sino racional y sistemáticamente orientada a la concentración del capital y al desequilibrio.

Tal vez en esta pretensión de globalidad consiste la virtud y la deficiencia de la obra. La virtud, porque sale de una terminología excesivamente técnica e incomprendible para los no iniciados en economía y lo hace asequible a todos. Su defecto, porque en la abundancia tanto verbal como extensiva de sus conclusiones se puede perder el lector en distracciones históricas, costumbristas y hasta folklóricas...

LABOR INVESTIGADORA

No quisiéramos, con esto, dar la impresión de que la obra no esté fundamentada en una laboriosa y estricta fundamentación científica. Seríamos totalmente injustos. Ya hemos apuntado arriba que el detalle es una de las virtudes del conjunto. La recopilación de datos estadísticos en unos aspectos muy poco trahinados por nuestros economistas aficionados a la macro-economía supone tesón y vocación investigadora. El autor reconoce con frecuencia los límites de los datos porque a ese nivel de concreción el control estadístico venezolano apenas ha llegado. Por otra parte, los beneficiarios de nuestros grandes capitales fundamentan en gran parte su libertad de acción en la penumbra de un semi-conocimiento de la verdad objetiva.

Domingo Alberto Rangel presenta, sin embargo, fundamentos estadísticos suficientes para poner a la luz pública una realidad concreta que sólo era conocida en sentido global y genérico. En su pretensión de concreción no se contenta con el dato numérico, sino que personifica en nombres y apellidos el peso proporcional de los grupos en la economía global, sus interconexiones a nivel nacional y sus dependencias con el extranjero.

Toda personificación resulta polémica y las reacciones a la obra no se han hecho esperar. A este nivel, sin embargo, las reacciones tienen el peligro de ser más emocionales que científicas. Es posible que tal concretización se preste a defectos de exactitud, pero la refutación debería venir basada en datos objetivos que demuestren lo contrario; pero la verdad es que difícilmente se van a poder presentar datos mejores que prueben la equivocación de la tesis aun en su concreción personalizada. Más aún, es hora de que en asuntos que tanto conciernen a la sociedad se jugara claramente con "todas las cartas" sobre la mesa. Pero reconocemos que esto sería una contradicción para quienes la vida económica es un juego de competencia.

Si siguiendo la orientación global del libro, D.A.R. no se contenta con los datos

estrictamente económicos. Describe el origen, la psicología, el valor y las cualidades específicas de cada grupo familiar... Se supone, lógicamente, que esta caracterización pretende afianzar la negatividad del hombre capitalista... Labor delicada que si se extralimita puede producir efectos contrarios. Tememos que D.A.R. haya caído en este peligro. Es tanto el empeño en demostrar la sagacidad, oportunismo, viveza y visión de los grupos, que el lector queda admirado de tanta capacidad y provoca tendencias a la imitación más que al temor de caer en su defecto...

EL SOCIALISMO DE DOMINGO

No oculta el autor su adhesión al análisis marxista acerca del proceso de la sociedad capitalista:

- 1) Acumulación del capital.
- 2) Concentración del capital.
- 3) Crisis definitiva.

La historia no parece haber confirmado la verdad de esta predicción. El capitalismo ha demostrado tener más vitalidad y flexibilidad que la lógica de Marx. La acumulación del capital es cierta, y sigue siendo la base del sistema. La concentración del capital lo es solamente hasta cierto punto... El mismo Domingo Alberto Rangel reconoce que aquella competencia estricta e individual que llevaba automáticamente a la eliminación del débil y a la depauperación definitiva del proletariado ha sido racionalmente sustituida en el capitalismo por interconexiones y mutuos acuerdos entre los grandes, la protección supeditada de los débiles y la asimilación de las asociaciones obreras con capacidad reivindicativa y hasta aceptación de medidas de bienestar social.

Con estas premisas tan debilitadas la conclusión de una fatal crisis económica interna del capitalismo no deja de ser un sueño marxista sólo válido en los discursos demagógicos.

Por eso llama la atención el que hombres como D.A.R. sigan cayendo en la tentación de dogmatismo con pretensiones científicas. En toda investigación científica se presentan afirmaciones como hipótesis que serán afirmadas o negadas por la realidad. El pecado de dogmatismo consiste en tener previamente afirmaciones definitivas que, sea como sea, hay que probar. D.A.R. lo dice sin ambages al principio de su estudio: "El capitalismo lleva fatalmente a la concentración. Es la ley de la competencia." El problema viene cuando constata que la famosa competencia prevista por Marx se ha transformado en una "competencia hasta cierto punto" y lógicamente la concentración que produce es también "hasta cierto punto". Y con una concentración autocontrolada las crisis del capitalismo se producen "hasta cierto punto". Esto basta para negar el alcance de la famosa gradación marxista... aunque reconocemos que esta negación de la tesis es también "hasta cierto punto"...

En su aplicación a Venezuela insiste en afirmaciones categóricas: "Desde su entraña más recóndita hasta su epidermis, el país de nuestros tiempos es capitalista." Llama la atención su insistencia en esta afirmación. Este punto tiene su historia. Una de las razones que explican el porqué del fracaso de las izquierdas venezolanas en los intentos de los últimos años es, para D.A.R., la equivocación en el análisis de la realidad. Se realizó una política acorde con una Venezuela de estructura medieval y esa equivocación la han pagado cara.

Pero no es ésta la única razón del empeño en las afirmaciones del capitalismo venezolano. Hay una circunstancia estructural que dificulta el que esa categórica afirmación sea tan evidente. Se trata del hecho de que el 29% del ingreso nacional y el 90% de divisas provengan de un producto cuya propiedad es del Estado y que las grandes industrias del hierro y del acero sean también propiedad estatal. El dejar a un lado este aspecto y tomar el sector de la empresa privada para probar que es capitalista es como intentar probar que los capitalistas son capitalistas...

Hay que reconocer que en la situación actual el Estado ha concedido la explotación de su propiedad a empresas capitalistas y extranjeras y que en general los gobiernos han regido la vida nacional dentro de la ideología fundamentalmente liberal-capitalista. Sin embargo, un gobierno socialista en el poder no tendría que hacer grandes revoluciones estructurales para comenzar a transitar la ruta de su preferencia. Le bastaría con no renovar los contratos petroleros para que nuestras industrias básicas estuvieran en sus manos, lo cual bastaría para constituir los fundamentos económicos para un socialismo en su línea más moderada.

UNA OBRA FECUNDA

La extensión de este juicio-comentario de "La Oligarquía del dinero" está indicando la fecundidad de la obra de Domingo Alberto Rangel. Es posible que nuestras apreciaciones se presten también a otras tantas discusiones, signo de que toca temas muy álgidos en nuestra realidad socio-económica.

Aunque el empeño por alargar las consecuencias del capitalismo hasta las últimas concreciones nos haya hecho dibujar algunas sonrisas de escepticismo, sin embargo no hay duda que la obra nos descubre el modo de actuar del sistema capitalista, sus criterios, el alcance y las implicaciones últimas en Venezuela. Llama positivamente la atención el trabajo de recopilación de datos que hacen difícilmente refutables muchas de sus aseveraciones.

Por fin, el lenguaje fácil, abundante y existencial en que está envuelta la obra nos ha hecho sentir en un ambiente de simpatía como para titular este comentario con el título de "Los dineros de Domingo".